

EL ESTALLIDO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN ESPAÑA A TRAVÉS DEL PERIÓDICO *LA VANGUARDIA*

SARA NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL / AMPARO GUERRA GÓMEZ

Terminada la Guerra Civil, se inició en España una nueva situación periodística presidida por la Ley de Prensa de 1938, ley fundamentada en la censura previa, en la función que los medios y los periodistas tenían de «servir» al régimen, etcètera. En definitiva, los medios estaban concebidos como los garantes de la información y la opinión pública que debía presidir el nuevo Estado franquista. Asistimos, por tanto, al establecimiento de un «nuevo orden» informativo en España, nacido de una guerra. Ello va a posibilitar una política informativa planificada desde el poder y muy consistente.

Por lo que se refiere estrictamente a los medios escritos, la prensa se articuló a partir de una cadena de diarios (Cadena del Movimiento) que dependía de la Dirección General de Prensa y Propaganda. En situación de «por libre» se quedaron una serie de periódicos con gran raigambre popular y que aceptaban el compromiso nacional implantado por la Ley de 1938: *ABC*, *La Vanguardia*... Paralelamente, fueron apareciendo una serie de revistas semanales especializadas, las cuales estaban subordinadas al Estado en su versión ideológica: *Mundo*, importante para el campo internacional; *Marca*, para el deporte; *El Ruedo*, para la fiesta nacional, etcètera.

Por lo que se refiere a la información extranjera, toda esta se canalizaba a través de la agencia EFE. Ésta se valía tanto de sus propios corresponsales en las principales ciudades del mundo como de la transmisión, adaptada a las necesidades y los gustos españoles, de las noticias difundidas por otras agencias internacionales. En general, cabe decir que las noticias extranjeras que más entusiasmo despertaban en la prensa española eran las procedentes de Alemania e Italia. De hecho, estas noticias ocuparon las primeras páginas de los periódicos y los titulares más llamativos hasta, prácticamente, 1945.

Una cuestión de neutralidad

Cuando en junio de 1939, recién terminada la Guerra Civil, Serrano Suñer visitó Italia, lo hizo con un fin muy determinado:

Era un viaje lleno de interés. La guerra civil había terminado y el motivo del viaje era el de dar gracias a Mussolini y al rey-emperador por la ayuda prestada a España durante la guerra civil; también visitar a su Santidad Pío XII, para plantearle todos los problemas del estado y del país en relación a la Iglesia y para expresarle nuestro disgusto por el trato discriminatorio que nos daban, especialmente en relación con los católicos franceses [Saña, 1982, 135].

Ante semejante actitud de agradecimiento por parte del Gobierno español, y a pesar de la postura inicial italiana de no beligerancia, ¿cómo se entiende y explicamos la neutralidad española? Porque, aunque en esta muestra de agradecimiento no se nombró a los alemanes, cosa que ellos consideraron un agravio, lo cierto es que entre los dirigentes del régimen franquista encontramos simpatizantes de la Alemania nazi.¹

Haciendo un breve resumen de la situación política española una vez terminada la guerra, se aprecian cuatro tendencias enfrentadas entre sí:

1. *Los camisas viejas*. Ya estaban perdiendo la esperanza de la revolución nacionalsindicalista y de alcanzar la Jefatura del Gobierno, aunque seguían conspirando «en secreto» bajo la tolerancia de Franco siempre que no fueran más allá de la simple discusión. Habían esperado profundas reformas que no llegaban y, al iniciarse la guerra mundial, abrigaban esperanzas de que, gracias a la influencia de Alemania, pudieran implantar sus ideas.²

2. *Los camisas nuevas*. Era el círculo que cerraba filas en torno a Serrano Suñer. Tenían la pretensión de implantar en España un Nuevo Estado que se acoplara perfectamente con un auténtico partido fascista.

3. *Militares que habían ganado la guerra*. Se consideraban los verdaderos salvadores de España y el soporte de la nueva nación que gracias a ellos había emergido. Eso les llevaba a arrinconar a la Falange a un papel meramente social, sin intervención directa en la política o en el Estado.

1. Este pequeño desliz fue subsanado con celeridad ya que se dieron órdenes a la prensa para que exaltase el poderío alemán y justificase las posibles aspiraciones imperialistas de este país.

2. Sobre todo a partir del verano de 1940, una vez caída Francia y con tropas alemanas en la frontera pirenaica, fue cuando mayores esperanzas abrigaron. Además, recibieron ayuda de la Auslandsorganisation (Organización para el Extranjero) de la NSDAP, ya instalada en España durante la Guerra Civil.

4. *Los monárquicos*. Estaban divididos entre ellos dependiendo del candidato al trono que consideraban más adecuado. Era un grupo en permanente estado de conspiración. Estaban dispuestos a aliarse, tanto con la Alemania nazi como con la Italia de Mussolini, siempre que se les garantizase la restauración de la monarquía.

A pesar de todo lo anterior, la división política interna española no fue un *handicap* para que finalmente se declarase la más «estricta neutralidad», siguiendo las directrices implantadas por el general Franco.

No obstante, malestar interno por esta decisión sí tuvo que apreciarse en las altas esferas de la política, ya que los periódicos fueron tajantes a la hora de publicar esta noticia, intentando no dejar el más mínimo resquicio a la controversia, aunque fuese sólo teórica.³ Así, el periódico *La Vanguardia*, objeto de nuestro estudio, publicó un editorial escrito en un lenguaje tal que no permitía ni un pequeño desliz hacia posiciones disconformes. Entresacamos los párrafos más significativos:

El Estado integrador de la nación, en el régimen que ha salvado a España, no puede jamás hallarse en divorcio con la nación misma. Es verdad inconcusa y dogmática, pero es, además, realidad sustantiva sobre la que se asienta, y no sobre precarias y circunstanciales razones de fuerza, la fuerza del Estado mismo. Que el Caudillo defina y practique, al frente del Estado, con rigores de lealtad acrisolada y de sinceridad sin reserva, la neutralidad ante la guerra en el Oriente de Europa, es, pues, incompatible metafísicamente con cualquier disidencia ni siquiera con cualquier matiz en la conciencia nacional. Y si el Estado establece con su neutralidad una política, unos criterios y unos modos frente a la guerra de otros Estados, la nación siéntese entrañablemente fundida a esa política, que es el reflejo jurídico internacional de su propio anhelo y de su actitud indeclinable. [...] Somos neutrales los españoles porque el Caudillo lo manda, pero el Caudillo nos manda ser neutrales porque interpreta el anhelo unánime de la nación de mantenerse ecuánime ante la conflagración incoercible. Y así, Estado y nación, quien manda y quienes obedecemos, se funden en una sola acción pero también en una misma sinceridad enteriza. No hay disonancias, ni menos desacordes, ni menos aún reyertas entre españoles en la convicción, en el sentimiento y en el ejercicio de su neutralidad [...] [22.9.1939].

Este editorial se encontraba en perfecta concordancia con el decreto del 4 de septiembre en el que se decía que, «constando oficialmente el estado de guerra que, por desgracia, existe entre Inglaterra, Francia y Polonia de un lado, y Alemania de otro, ordeno por el presente decreto la más estricta neutralidad a los súbditos españoles, con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho Internacional».

3. Recordemos que, estando vigente la Ley de Prensa de 1938, la práctica de las consignas a los periódicos era lo habitual, no permitiéndose en ellos, tampoco, ningún tipo de desliz.

Lo que parece claro es que la postura de neutralidad no era fácil en aquellos momentos, ni por la situación interior ni por la exterior. Casi ningún país consiguió mantener esa actitud neutral durante toda la guerra. En el caso de España, aunque se nos salga del período de estudio, se pasó más adelante de una estricta neutralidad a una posición de «no beligerancia», lo cual, traducido a la práctica, quiere decir que se relajan las medidas adecuadas para mantenerse neutrales, aunque de hecho no se entra abiertamente en guerra.

La posición de neutralidad, España la basó en cuatro puntos fundamentales:

1. Desde agosto de 1939 se había hecho cargo de la cartera de Asuntos Exteriores el general Beigbeder, que, aunque se disciplinaba a las decisiones del Caudillo y había sido agregado militar en Berlín, en puridad, no podía considerarse un afecto al nacionalsocialismo.

2. Desde la cabeza más alta del Gobierno español siempre se dijo que la política exterior española se practicaría de acuerdo a los más estrictos intereses españoles. Aunque, bien es verdad, durante toda la guerra «la dinámica propia del sistema franquista dependía de la coyuntura política exterior. Las crisis políticas internas, que con ciertos intervalos se sucedieron, eran consecuencia de las tácticas estratégicas de Alemania y los Aliados» (Ruhl, 1986, 8).

3. En relación a lo anterior, el interés español, debido al estado en que se encontraba el país, recién terminada la Guerra Civil, dictaba no entrar en la guerra, a no ser que hubiera unas compensaciones lo suficientemente importantes para que se resarciera una decisión tan importante.⁴

4. La neutralidad española se justificaba, también, por la larga tradición neutralista del Estado español.

Y a todo ello ha de añadirse que Francia y Gran Bretaña ya habían insinuado al Gobierno español la conveniencia de que éste permaneciera neutral. Así las cosas, «la neutralidad era necesidad y no opción libre» (Espadas Burgos, 1987, 97).

El tercer punto fue el argumento esgrimido con mayor éxito, según las presiones alemanas para que España entrara en la guerra iban aumentando. Finalmente, ello no se produjo, a pesar de que los consecutivos éxitos conseguidos por el Eje en un principio, que presagiaban una clamorosa

4. Recordemos que la práctica totalidad de las negociaciones entre el Estado español y el alemán, cuando las presiones de este último eran ya constantes, se basaron en este postulado de necesidad de ayuda exterior para poder entrar en la guerra.

victoria para las potencias autoritarias, habían despertado grandes pasiones belicistas dentro del territorio español. Y a pesar, también, de que, como iremos comprobando, la postura española a través de la prensa (*La Vanguardia*) era claramente favorable al Eje.

Pacifismo versus guerra

La Segunda Guerra Mundial comienza el 1 de septiembre de 1939, cuando el ejército alemán decide atacar Polonia para ocupar el pasillo de Danzig (Plan Blanco).

La Vanguardia llevaba publicando con asiduidad y en primera página, bajo el epígrafe «La tensión internacional», noticias sobre incidentes producidos en la frontera germano-polaca. A la vez, se recogían, compartiendo lugar destacado, cualquier intento, súplica o mediación de paz. Lo que latía en la prensa española era un claro sentimiento de pacifismo.⁵ Un buen ejemplo de ello es el editorial del 25 de agosto de *La Vanguardia* que, bajo el título «A todo trance ¡paz!» y unido a la noticia de que Roosevelt se dirigía al rey-emperador de Italia rogándole que interviniese en favor de la paz, debió causar una honda impresión en el ánimo del pueblo español, ya acostumbrado a las nuevas manifestaciones de paz que últimamente prodigaba el general Franco.⁶ La postura española en este editorial venía justificada con las siguientes palabras:

No queremos, ni es nuestro propósito de este momento, entrar en el fondo de la cuestión internacional, tal como se halla planteada en las últimas cuarenta y ocho horas. No intentamos alegatos en un sentido ni en otro, ni interesan a nuestra tesis, que no es tesis política ni nacional, sino una tesis humana cristiana. Es necesario a todo trance salvar a Europa y salvar a la civilización milenaria del espantoso caos en que la hundiría una guerra en estos momentos.

5. De todas formas, una cosa era lo que decía la prensa, que seguía las directrices del Gobierno, y otra era lo que opinaban determinados miembros de las altas esferas y, también, el pueblo español, dentro del cual había ciertos sectores que deseaban una participación activa de España en la guerra.

6. Cuenta Gian Piero dell'Acqua en su biografía sobre Franco que éste había dedicado «los cinco meses que separaron el final de la guerra civil y el estallido de la II Guerra Mundial a recorrer España esforzándose por predicar el pacifismo y la neutralidad a las gentes a quienes él mismo había acostumbrado, a lo largo de tres años, a pensar en términos de guerra sin piedad». La razón de ello, según Dell'Acqua, era el hambre que había en España, lo cual urgía contratos internacionales que pusieran en marcha su economía (Dell'Acqua, 1985, 35).

Las simpatías hacia Alemania, a pesar de esa postura netamente pacifista, no dejaban de quedar plasmadas a través de la prensa. Así, la suspensión, por parte del país germano, de los actos conmemorativos de Tanneberg no fue interpretada por *La Vanguardia* sino como «otra muestra al mundo de la cordura, la paciencia y el dominio de sí misma que ha venido poniendo a contribución, un día tras otro, desde que se inició el conflicto con Polonia» (26.8.1939).

Y, al día siguiente, 27 de agosto, en que según todos los indicios ya era inminente el estallido bélico, *La Vanguardia* seguía apostando por la paz y por Alemania. Según los titulares del periódico, «las proposiciones de Hitler habían levantado nuevas esperanzas» y, gracias a esta propuesta, se abría un «compás de espera y esperanza».

Junto a la simpatía hacia Alemania, tampoco podía faltar el entusiasmo frente a la postura italiana, que, de momento, no presagiaba una intervención directa en el conflicto. *La Vanguardia* del día 30 de agosto aplaudía esta posición italiana destacando lo que sigue:

[...] la serenidad de los periódicos italianos, uno de los cuales ha sido suspendido ayer por emplear expresiones alarmistas, la firme confianza que respira el pueblo de Italia, la parsimonia y seguridad con que son adoptadas las medidas de precaución, las mismas visitas que recibe el Duce y su ministro de Negocios Extranjeros, conde Ciano, delatan hasta qué punto Mussolini es el único gobernante de los países beligerantes que permanece manteniéndose dueño de sí mismo y dueño de la situación.

Ese mismo día destacaba en titulares la entrada de tropas alemanas en Eslovaquia y el ofrecimiento de mediación de la reina de Holanda y el rey de Bélgica, países ambos que por su situación y tamaño estaban viviendo momentos muy tensos.

El 1 de septiembre, fecha del estallido, aunque en esos momentos no se conocía como tal, *La Vanguardia* atacaba duramente al gobierno británico, calificándolo de «provocador». Y acusábale de ser el país que, finalmente, con su actitud, iba a obligar a Alemania a iniciar el conflicto. El artículo, del que se extraen los párrafos más significativos, estaba firmado por Augusto Assía:

[...] la nota publicada por el gobierno del Reich, explicando cómo Polonia ha dejado sin contestación las proposiciones alemanas para una solución del conflicto, prueba que, en realidad, Inglaterra no ha seguido el histórico diálogo de cartas volantes nada más que por pura táctica, con objeto de hacerle creer al mundo que la rubia Albión no desperdicia ocasión para salvar la paz [...] pero más al descubierto la pone todavía la incalificable medida de movilizar toda su flota y las reservas de su ejército de tierra y aire.

Después de la movilización de Polonia, la movilización de Inglaterra, la cual, anclada en su isla y sin fronteras con el Reich, no puede sentirse amenazada en ningún caso, constituye una verdadera provocación cuyos efectos nadie puede prever [...] habrá que temer que Inglaterra esté preparando la guerra, fría y conscientemente, con un calculismo maquiavélico e inexorable, cortando, incluso, con fingidas negociaciones los caminos a las auténticas negociaciones y moviendo, al mismo tiempo, los hilos para cargar sobre Alemania la culpa de la conflagración.

Además, se recogía la postura de Berlín en el sentido de que «los medios políticos alemanes consideraban la movilización inglesa como una prueba de la agravación definitiva de la situación internacional».

Cuando, el día 2, los titulares de *La Vanguardia* recogen el hecho del rompimiento de las hostilidades, se aprecia, en general, una especie de distanciamiento, como si el asunto fuese, en realidad, algo ajeno a los intereses del país. La misma actitud se mantendrá los días siguientes, incluso el día 5, cuando los titulares comuniquen que «FRANCIA E INGLATERRA HAN ROTO LAS HOSTILIDADES CON ALEMANIA».

De hecho, España, al igual que ocurrió durante la Primera Guerra Mundial, adoptó, desde la prensa, una postura de inhibición cuando se inició el conflicto (la evolución posterior de la postura española no abarca la cronología de este estudio). Sin embargo, había una diferencia sustancial entre ambos momentos históricos: una Guerra Civil que, entre muchas cosas, había legado a España una dependencia internacional considerable y un agradecimiento, hacia determinados países, que estaba obligada a demostrar. Además, esa Guerra Civil había excluido una masa potente de opinión pública y había conllevado un monolitismo que ya para nadie era una novedad. El bando que había ganado se identificaba claramente con las ambiciones de los países que iban a ser beligerantes, desde el lado del Eje, en la guerra de 1939. Por ello, en contraposición a 1914, etapa en la que se había ofrecido por parte española un mosaico bien matizado de tendencias, en 1939 sólo había una prensa, ideológicamente afín a la alemana y la italiana.

Como nos demuestra el periódico *La Vanguardia*, a lo largo del estudio realizado (20 de agosto a 30 de septiembre), la neutralidad a ultranza que se preconizaba a bombo y platillo desde la prensa era más una postura adoptada por conveniencia que una realidad de sentimientos. De ahí, la simpatía latente que desde las líneas impresas se respira hacia el Eje. A esta información parcial se unían los halagos hacia Alemania e Italia de periodistas como Augusto Assía, Ramón Garriga o J. Lay, los cuales eran una constante en sus artículos.

Hay que tener en cuenta que la situación geográfica española, en relación al centro de la guerra y la mentalidad del grupo dirigente y de las fuerzas armadas, no permitía que se adaptase una forma clara y objetiva de neutralidad.

Entre tanto latía esta clara postura pro-Eje, se seguían haciendo alardes, con fines más propagandísticos que reales, de la postura neutral de España y del deseo de este país y de su Caudillo de llegar a una pronta paz. Recogemos, ya para terminar, dos claros ejemplos de ello. El primero de éstos está recogido por *La Vanguardia* el 9 de septiembre y se refiere al llamamiento que el Caudillo hizo en favor de una localización de la guerra. Según nuestro periódico, este mensaje de Francisco Franco contó con las simpatías, por supuesto, de Alemania, pero también de Francia e incluso Gran Bretaña, así como de los demás países neutrales. Y terminaba el artículo de J. Lay con estas contundentes palabras:

La visión del Caudillo adquiere ahora, precisamente ahora, una fuerte realidad. Su llamamiento, acogido con fervoroso entusiasmo por el mundo, puede y debe ser atendido. [...] España vela una vez más, por la voz de su Caudillo, sus altos destinos históricos y misioneros.

A esto se añadía otra noticia, también en primera página, según la cual (en titulares) «EL MENSAJE DEL GENERALÍSIMO HA DECIDIDO A MUCHOS PAÍSES A MANTENERSE NEUTRALES». Curiosamente, no cita ni un solo ejemplo de cuáles son esos países.

El día 20, bajo la firma de Ramón Garriga, se realiza en las páginas del periódico un análisis, a todas luces laudatorio, del discurso pronunciado por Hitler en Danzig, una vez vencida Polonia. El artículo de Garriga asegura que Hitler sólo quiere la paz, ya que «nada tiene pendiente contra Francia e Inglaterra. La frontera francesa está tan garantizada como la italiana. El Reich ha querido siempre vivir en paz con los ingleses». Siempre según el comentarista, «el discurso deja a Londres la alternativa de entrar en verdadera guerra con Alemania o bien preferir el camino de la paz, negociando de igual a igual con Alemania para crear un nuevo orden mundial y europeo». Nuevamente, la guerra es presentada como consecuencia de la actuación inglesa, liberando a Alemania y a su *Führer* de toda culpa. Estas afirmaciones se completan con otras en las que se asegura que Alemania saldría vencedora de la contienda, pues estaba preparada para una larga guerra «porque todos los alemanes están dispuestos a no capitular».

Consignar más ejemplos no sería sino reiterarse en una tónica constante y latente en todas las informaciones que sobre la guerra se dan en *La Vanguardia* y que, dado el régimen de prensa que existía en España, es extrapolable a cualquier otro periódico.

Conclusiones

1. Se aprecia un claro monolitismo en la prensa española, cosa derivada del propio régimen y de la Ley de Prensa de 1938 a la que los medios se ven sometidos.

2. Desde el gobierno se dicta una postura de neutralidad absoluta, aunque detectamos:

2.1. Disensiones internas latentes que la prensa quiere acallar o disimular, mostrando una postura unánime y sin fisuras.

2.2. Claras simpatías hacia las potencias del Eje, lo que lleva a realizar ataques y acusaciones a las demás potencias beligerantes, sobre todo Gran Bretaña.

3. Las aparentes intenciones pacifistas del Gobierno de España llevan a la publicación de artículos que piden una conciliación y una paz honrosa para todos, pero siempre defendiendo las posiciones alemanas.

4. Además, al hilo de lo anterior, España, con la figura del Generalísimo a la cabeza, quiere jugar un relevante papel internacional, convirtiéndose en una especie de país mediador. Nadie hace caso real a las pretensiones españolas y de su Caudillo.

5. Unido a los dos puntos anteriores, independientemente de los alardes pacifistas de la prensa, lo cierto es que los artículos acusadores que sobre Gran Bretaña se vierten no ayudan a mantener este pacifismo que, teóricamente, se defiende.

6. A pesar de todo lo anterior, la prensa aparenta situarse al margen del conflicto, como si fuera algo ajeno a los intereses españoles. De hecho, no se consigue realmente transmitir esta postura, debido a lo que hemos constatado en los puntos anteriores.

7. Para terminar, cabe decir que España era neutral, posición motivada por razones políticas que así lo aconsejaban. Pero, en espíritu, estaba al lado de las potencias del Eje y deseando entrar en guerra, siempre que ello conllevara beneficios. Y, aunque ello intenta disimularse, la prensa lo deja traslucir claramente.

Bibliografía general

ÁLVAREZ, J. M., et al. *Historia de los medios de comunicación en España*. Barcelona: Ariel, 1989.

DELL'ACQUA, G. P. *Franco*. Barcelona: Orbis, 1985.

ESPADAS BURGOS, M. *Franquismo y política exterior*. Madrid: Rialp, 1988.

La II Guerra Mundial. 50 años después. Madrid: Prensa Española, 1989.

RUHL, K. J. *Franco, Falange y III Reich*. Madrid: Akal, 1986.

SAÑA, H. *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Súñer*. Barcelona: Grijalbo, 1982.

Vida de Franco. Madrid: Prensa Española, 1985.

Fuentes

Hemeroteca Municipal: *La Vanguardia*, entre 20 de agosto de 1939 y 30 de septiembre de 1945.